

Cuando los marinos pudieron guiarse en medio de los mares, ya no se limitaron como antes á costear las tierras del Atlántico y del Mediterráneo. Los portugueses bajaron á lo largo de África, doblaron el cabo de Buena Esperanza, y hallaron un nuevo camino para las Indias. Cristóbal Colón se lanzó á través del Océano y descubrió un mundo nuevo. Esos viajes produjeron tales cambios en el comercio y la industria que es posible considerarlos como principio de una edad distinta de la anterior.

El papel. — El papel nos ha venido de China, como la brújula y la pólvora. En la edad media se empleaban el papiro y el pergamino, y se grababan las sentencias y las inscripciones en madera, piedra, bronce ó marfil. Los papiros se fabricaban con las fibras de una caña de Sicilia y de Egipto y el pergamino era piel de carnero, de cabra ó de becerro, y se le daba ese nombre porque se le empezó á fabricar en Pérgamo.

Los chinos hacían, desde los primeros siglos de nuestra era una pasta con trapos viejos de seda, de cáñamo y de lino, que extendían en hojas, empleándolas como papel. Los árabes les tomaron esa invención y la transmitieron á Europa por medio de los cruzados.

Primeramente se empleó el papel para la correspondencia y las actas notariales. En el siglo xv servía para la transcripción de los libros, que entonces empezaron á ser menos raros.

Ese descubrimiento precedió algunos años á la invención de la imprenta y contribuyó mucho al desarrollo del nuevo arte. Ocurrió precisamente en el momento en que los espíritus, llevados por la afición á los estudios clásicos á buscar los manuscritos antiguos, experimentaban la necesidad de ver reproducidas aquellas obras maestras, para que se extendiera y vulgarizara su conocimiento. Esto fué lo que dió tanta importancia á dicho invento, y lo que tan precioso lo hizo.

Resumen de este capítulo. — Habiendo llegado al final de la edad media y los principios de la moderna, importa determinar el carácter de esas dos épocas.

I. La edad media se halla en sus postrimerias; la moderna en

su aurora. Todo lo que ha constituido la grandeza de la primera, papado, imperio, nobleza, estudios escolásticos, sistema feudal, todo eso pierde brillo é importancia. El espíritu humano se vuelve hacia la antigüedad. Van á reaparecer los grandes genios de Grecia y de Roma; la nueva generación se forma en su escuela, y á eso se le llama Renacimiento. Italia precede en esa vía á las demás naciones de Europa. Su lengua queda formada antes que las restantes lenguas modernas. Sus poetas se llaman: Dante, que escribe una epopeya; Petrarca, su gran lirico; y á la cabeza de sus prosistas aparece Boccaccio. Las artes van á tomar en su seno nueva dirección. Giotto, discípulo de Cimabúe, inaugura una tendencia particular, que seguirán los grandes maestros, gloria de Italia en el siglo xvi.

II. Ese renacimiento es favorecido por tres grandes inventos: la pólvora, la brújula y el papel. La primera produce transformación completa en los ejércitos y en la táctica militar. La brújula permite á los marinos recorrer todos los mares y completar los conocimientos relativos al globo muy imperfectos todavía. Por último, el papel sirve para la reproducción de los libros, que la imprenta multiplicará más tarde prodigiosamente.

CAPÍTULO X.

LOS PAPAS EN AVIÑÓN. GRAN CISMA DE OCCIDENTE. WICKLEF EN INGLATERRA. AGITACIÓN EN EUROPA.

En este último periodo de la edad media, la Iglesia atraviesa pruebas terribles. Los papas abandonan Roma y van á establecerse en Aviñón. Europa los cree bajo la dependencia de la Francia y eso debilita considerablemente su autoridad moral. En vez de un jefe, la Iglesia tiene dos, que se anatematizan mutuamente, produciendo con tales escándalos la decadencia de la fe en las naciones católicas. A las agitaciones que turban la Europa se unen errores que minan al mismo tiempo las bases de la religión y de la sociedad. Wicklef empieza por enseñarlos en Inglaterra, pero desde allí los veremos pasar á Alemania con Juan Huss, precursor de Lutero.

§ I. — *Los papas en Aviñón. Gran cisma de Occidente.*

Los papas en Aviñón (1308-1378). — Bertrán de Got, arzobispo de Burdeos, que había sido elevado á la Sede pontificia, declaró á instancias de Felipe el Hermoso que permanecería en Francia, residiendo en el condado Venaissino. Aviñón no pertenecía aún al papa. Clemente VI lo compró en 1348, con su territorio y sus dependencias, á Juana, reina de Sicilia, en 90.000 flo-

rines. Pero la Santa Sede era dueña del condado, que había sido dado á Gregorio X por Felipe III.

Clemente V convocó un concilio general en Viena del Delfinado. Esa grande asamblea, que fué el décimoquinto concilio ecuménico del catolicismo (1311), condenó las antiguas sectas de los maniqueos, que habían reaparecido bajo los nombres de fraticelos, beguardos, dulcinistas, etc.; hizo excelentes reglamentos para los hospitales, se esforzó en destruir ciertos abusos que se habían introducido en los monasterios, y pronunció la abolición de la orden de los Templarios.

El sucesor de Clemente V, Juan XXII, tuvo el dolor de ver á Alemania separarse de la Santa Sede. Ese cisma, que duró todo el reinado de Luis V, excitó grandes turbulencias en Alemania y en Italia (véase el capítulo VIII). Carlos IV, su sucesor, se apresuró á ponerse en relaciones con Clemente VI, sucesor de Juan XXII, y á terminar una lucha que era tan funesta al Estado como á la Iglesia.

Conjuración de Rienzi (1347). — Pero el mismo año de la muerte de Luis de Baviera, fué Roma teatro de extraordinaria revolución. Mientras los papas residían en Aviñón, quedaba en Perusa un legado con el encargo de administrar en nombre de aquéllos los Estados de la Iglesia. Roma no obedecía inmediatamente su autoridad, sino que estaba gobernada por un senador anual, elegido por el pueblo, quien procedía de común acuerdo con los capitanes del pueblo y el concejo. Esa especie de gobierno mixto, por más que era favorable á la libertad, no pudo impedir sin embargo las revueltas interiores. Los partidos de los güelfos y de los gibelinos, representados por las familias degeneradas de los Colonna y de los Orsini, mantenían viva con sus disensiones la guerra civil. Esas luchas intestinas hacían que los romanos lamentaran el alejamiento de los romanos pontífices, cuya ausencia era tan desastrosa para Roma. Después de la muerte de Benedicto XII, enviaron embajadores á Clemente para excitarlo á volver. Nicolás de Rienzi, que formaba parte de esa embajada, agradó al papa tanto por su discreción y sus talentos, que éste le dió el cargo eminentemente lucrativo de notario apostólico.

De vuelta á Roma, Rienzi hizo ostentación de los títulos y privilegios que había obtenido y los utilizó como arma contra su bienhechor. Evocando los recuerdos de la antigua república, y, después de haber alejado de Roma á los nobles capaces de resistir á sus quiméricos designios, tuvo bastante ascendiente sobre la multitud para hacerse nombrar dictador, y hacerse llamar, al subir al Capitolio, libertador de Roma y de Italia (20 de mayo de 1347). El éxito lo desvaneció y, no contento con reinar en Roma, aspiró en su loca ambición á una especie de imperio universal. Presentóse como árbitro de la paz general en Italia, ordenó al papa que volviese á Roma, y pretendió decidir entre Luis de Baviera y Carlos de Luxemburgo, que se disputaban el imperio. Sus más fieles partidarios no vieron sino extravagancias en esas pretensiones audaces, y el pueblo, desilusionado por ese exceso de vértigo, empezó desde entonces á mostrarse hostil al fogoso tribuno; el legado alentó esa reacción, y Rienzi tuvo que huir á Alemania bajo un hábito de franciscano (1348). Clemente VI lo excomulgó, lo mismo que á todos sus partidarios.

Ese pontífice había sido durante su reinado testigo de infinitos desastres. Su predecesor, Benedicto XII, no había podido impedir que estallara la guerra entre Francia é Inglaterra, y esa lucha, que debía durar un siglo, se señaló por la derrota de Crécy (1346), tan funesta para la primera de aquellas naciones. Clemente VI se había apresurado á interponer su mediación entre dichos pueblos, teniendo la fortuna de lograr que se pactara una tregua (1347). Pero al mismo tiempo llegaban á su noticia los crímenes de Juana I, reina de Nápoles, que había hecho asesinar á su marido Andrés, hijo segundo del rey de Hungría, y que por eso mismo había obligado á éste á invadir sus Estados. Para colmo de infortunio, en 1348 se extendió por todo Occidente la peste negra, llamada peste de Florencia, que, según Froissart, hizo perecer la tercera parte de la población. El pueblo acusó de esa calamidad á los judíos, pretendiendo que habían viciado el aire con sus maleficios, por lo cual en ciertos países los mataron en masa. Clemente VI tomó partido por ellos y publicó una bula (4 de julio de 1348) para pro-

hibir que se les molestase, ni en sus personas ni en sus bienes. Al año siguiente abrió el jubileo secular, y multitud de peregrinos acudieron presurosos á la tumba de los apóstoles para esforzarse en calmar la cólera celeste. Clemente VI murió dos años después (6 de diciembre de 1352), habiendo ocupado la silla apostólica 40 años, 6 meses y 18 días.

Tuvo por sucesor á Esteban Aubert, cardenal arzobispo de Ostia, oriundo del pueblecito de Beissac, diócesis de Limoges. Fué coronado en 30 de diciembre de 1352 y tomó el nombre de Inocencio VI. Su primer acto fué anular un compromiso que los cardenales habían pactado antes de su erección, para obligar al papa á que los dignatarios de ese título no pasaran de veinte, á que no confriese los altos puestos de la corte romana ó las primeras dignidades de la Iglesia sin su consentimiento y á dejarles disponer á su antojo de la mitad de las rentas de la Santa Sede. Inocencio declaró nulos é ilícitos todos esos artículos, que hubiesen arrebatado su autoridad al poder pontificio, para ponerlo bajo la dependencia de una especie de consejo aristocrático. Recordó á los obispos la necesidad de la residencia, desterró de su corte á todos los prelados que no pertenecían á ella, limitó los gastos de los cardenales y reformó la administración de sus rentas con propósito de realizar economías. Uno de sus grandes designios era restablecer su autoridad en Italia, y comprendía que para lograrlo necesitaba un ejército, cosa imposible de obtener sin medios pecuniarios.

Afortunadamente, tenía á sus ordenes al cardenal Albornoz, hombre de genio, que supo poner en vías de ejecución su proyecto. Ese cardenal era al mismo tiempo guerrero y hombre de Estado. Habíase distinguido en España, donde contribuyó á la famosa batalla de Tarifa, obtenida por Alfonso XI, rey de Castilla. Nombrado arzobispo de Toledo, su franqueza con Pedro el Cruel lo perdió, viéndose obligado á retirarse á Aviñón, donde Clemente VI le dispensó perfecta acogida. Inocencio VI le confió un ejército de mercenarios y lo hizo acompañar por Rienzi, cuyo recuerdo seguía siendo caro á los romanos. Cuando reapareció el antiguo tribuno, el pueblo pidió con entusiasmo que volvieran

á ponerlo al frente de Roma. Albornoz consintió en ello, bajo la condición de que se sometería al soberano pontífice. La proposición fué aceptada, y Rienzi se halló en posesión legítima del poder que en otro tiempo usurpara. Pero los romanos no hallaron en él al mismo hombre. Las costumbres degradantes que había contraído en Bohemia y Hungría les desagradaron, no pudiendo soportar su fausto y su arrogancia.

Así fué que había apenas un año que Rienzi se encontraba al frente del poder, cuando se produjo un motín á los gritos de ¡*Muera el tirano!* Rienzi se presentó ante los sediciosos esforzándose en calmarlos, pero aquéllos lo asesinaron, quemando su cadáver después de haberlo insultado ignominiosamente.

Albornoz dejó que los romanos nombraran dictador á un simple zapatero, Lelio Calzolaio, y cuando los vió cansados de anarquía, les dió por jefe un senador y restableció la tranquilidad. Como en aquel año se presentara en Italia, Carlos IV, Albornoz lo coronó emperador de acuerdo con el papa, y le hizo jurar que respetaría todos los derechos del soberano pontífice en los Estados de la Iglesia y en Italia. La antigua constitución del imperio, que había sido derribada por las violencias de Federico segundo, pareció restablecida. El hábil cardenal derribó al mismo tiempo todas las familias que se habían hecho absolutas en las ciudades de la marca de Ancona y de la Romaña, y tuvo la gloria de preparar la vuelta de los papas á Roma, acabando la sumisión de los Estados de la Iglesia.

Llamamiento y vuelta de los papas á Roma.

— La ciudad de Roma había caído en el más triste estado desde que la abandonaran los papas. Su población era inferior á sesenta mil almas; sus templos, sus calles, sus plazas públicas, todo parecía un desierto más bien que un lugar habitado.

El poeta Petrarca escribió á Urbano V en nombre de los romanos para excitarlo á volver á Roma. Sus patrióticos y religiosos acentos enternecieron el alma del pontífice, quien anunció al sacro colegio que su intención era volver junto á las tumbas de San Pedro y de San Pablo, y no tardó en ejecutar su propósito: su entrada en Roma se efectuó el 16 de octubre de 1366

en medio de una multitud transportada de alegría.

Pero la guerra de Francia y de Inglaterra lo obligó á volver á Aviñón, donde murió el 29 de Diciembre de 1370. Tuvo por sucesor á Gregorio XI, sobrino de Clemente VI. Santa Brígida, que había querido impedir á Urbano V que volviese á Francia, se presentó al nuevo pontífice, comunicándole sus revelaciones. « Sabed, le dijo, que vuestro interés os ordena volver á Roma, y que mientras más retardéis la ejecución de ese designio, más disminuirán ante Dios vuestros méritos. »

Santa Catalina de Sena, que entonces llenaba de admiración á Italia, unió sus ruegos á los de Santa Brígida. Gregorio XI se decidió á salir de Aviñón entrando en Roma el 17 de Enero de 1377. El pueblo lo acogió con transportes de alegría, y los Estados de la Iglesia, que eran presa de espantoso desorden, volvieron á su deber, lo mismo que los florentinos, con arreglo á los consejos de Santa Catalina de Sena, á quien el papa había dado plenos poderes para esa negociación.

Cisma de Occidente (1378). — Los papas habían residido en Aviñón setenta años. Gregorio XI murió el 27 de marzo de 1378, catorce meses después de haber restablecido en Roma la silla apostólica.

Los cardenales le dieron como sucesor á un napolitano, Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Los caprichos singulares y desigualdad de carácter del nuevo pontífice, inspiraron casi inmediatamente pesar de lo hecho á los miembros del sacro colegio. Diez y seis de ellos se retiraron á Agnani y lo excitaron á presentar su renuncia, bajo el pretexto de que su elección no había sido libre.

Habiéndose negado á abdicar Urbano VI, y habiendo propuesto que se examinara la cuestión en un concilio ecuménico, pretendieron que era inútil apelar del caso á todo el orbe católico, y anularon por su propia autoridad la elección efectuada en Roma algunos meses antes. Después se reunieron en Fondi para efectuar una elección nueva, y nombraron, en 21 de septiembre á Roberto de Ginebra, obispo de Cambrai, que tomó el nombre de Clemente VII.

El nuevo papa se instaló en Aviñón, y Urbano VI

permaneció en Roma. El mundo católico se dividió entonces en dos partes. El papa de Aviñón, Clemente VII, fué reconocido por Francia y sus aliados, Castilla, Aragón, Portugal, Saboya, Escocia, Lorenay Nápoles. Italia, menos Nápoles, y los demás Estados católicos, reconocieron al papa de Roma, Urbano VI. Un cisma deplorable, que se ha designado por el nombre de gran cisma de Occidente, dividió de ese modo la Iglesia durante cuarenta años, y tuvo las más funestas consecuencias para la fe y la disciplina.

Bonifacio IX y Benedicto XIII. — Los dos pontífices rivales se anatematizaron mutuamente y se convirtieron de ese modo en piedra de escándalo para la cristiandad.

Al morir Urbano VI (15 de octubre de 1389), el rey de Francia envió embajadores á Roma para conjurar á los cardenales á que no procediesen á nueva elección; pero antes de que esos diputados llegaran, la elección estaba ya hecha. Los cardenales romanos habían elegido á Pedro Romacelli, que tomó el nombre de Bonifacio IX.

Clemente VII excomulgó á este nuevo pontífice, como antes lo hiciera con Urbano VI, y resistió á cuantas tentativas hicieron con él la mayor parte de los preladitos franceses y de los doctores de la universidad de París, que lamentaban esas escandalosas disensiones.

Habiendo muerto Clemente VII (26 de septiembre 1394), el rey de Francia, Carlos VI, se apresuró á escribir á los cardenales de Aviñón para excitarlos á no elegir nuevo papa. Su carta llegó en el momento en que aquéllos iban á entrar en conclave; pero como sospechaban su contenido, no la abrieron y se apresuraron á elegir en lugar de Clemente VII al cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, persona de carácter obstinado é inflexible. Esa designación perpetuó el cisma hasta el concilio de Constanza.

§ II. — *Wicklef en Inglaterra. Agitaciones en Europa.*

Agitaciones en Europa. — El gran cisma era causa de perturbación en toda Europa. Habiéndose dividido en dos grupos las naciones, cada cual se obsti-

naba en su obediencia, despreciando las sentencias promulgadas por el pontífice opuesto.

Como las instituciones de la edad media se hallaban en decadencia, y las que debían reemplazarlas no estaban todavía bien establecidas ni siquiera determinadas, resultaban en lo interior de las naciones luchas que las mantenían en perpetua agitación.

Así, en Francia, durante la terrible guerra de Cien años á los ataques de los ingleses se agregaban las atrocidades de la Jaquería en los campos, de los sediciosos en las ciudades. Marcel tenía en jaque á la monarquía en la persona del Delfín, y la rebelión de la burguesía provocaba levantamientos populares.

En Italia había la conspiración de Rienzi y las agitaciones de las repúblicas, en España las pretensiones de las Cortes contra el poder real, en Flandes excitaban las revueltas los dos Artewelde, en Inglaterra Wat-Tyler y los lollards causaban el espanto de las gentes pacíficas con sus doctrinas antisociales.

Á favor de la indisciplina y de la anarquía, había penetrado la división hasta en los conventos. Los franciscanos se separaron en dos bandos respecto de su voto de pobreza. Los hubo que pretendieron que ese voto excluía toda propiedad, aun la de las ropas, del pan y de las cosas que se consumen por el uso.

Esos falsos místicos se dieron los nombres de *fratriculos*, y llegaron en su exaltación hasta condenar á la misma Iglesia y hacer reproducirse los errores y excesos de los antiguos maniqueos, dando por otra parte en tierra con todos los principios de la familia y de la propiedad.

Por lo demás, esas consecuencias destructoras de toda sociedad eran la doctrina de casi todos los sectarios que aparecieron entonces.

Una peste horrible, que se llamó negra y de Florencia, recorrió toda Europa, causando en ella tantas víctimas, que el historiador Froissart calcula que pereció la tercera parte de su población.

Esa calamidad dió nueva vida á la secta de los flagelantes. Estos fanáticos, que habían aparecido á mediados del siglo XIII, pretendían calmar con sus peni-

tencias la cólera de Dios. Así era que recorrían las ciudades y los campos con la espalda y hombros desnudos, y armados de látigos con los cuales se azotaban hasta hacerse sangre. Dábanse el nombre de *devotos*, y atribuían tan gran virtud á sus voluntarias flagelaciones, que con ellas querían reemplazar la confesión, el ayuno, la misa, los sacramentos, y todas las buenas obras.

No reconocían ni Iglesia ni poder civil; atacaban á los judíos, y en nombre de la libertad violaban las propiedades de los laicos y del clero. Clemente VI renovó contra esos infames sectarios los anatemas que ya habían sido lanzados contra ellos; pero el error no se ocultó más que para reaparecer bajo otra forma.

De los wicklefistas. — A los escándalos del cisma se habían unido los ataques de la herejía. Un doctor de la universidad de Oxford, Juan Wicklef, cura de Lutterworth, en la diócesis de Lincoln, se había puesto á dogmatizar, allá por los años de 1376. Ese sacerdote se había distinguido en la lucha que se entablara entre los monjes mendicantes y los clérigos seculares, pero al atacar á las órdenes religiosas, hizo presentir los errores en que incurriría más adelante. Como la autoridad del papa y de los obispos lo obligó á tocar retirada, se vengó atacando el derecho que tienen los eclesiásticos de poseer bienes temporales, de ejercer jurisdicción sobre los laicos y de pronunciar censuras. Esa doctrina halagaba demasiado á la autoridad civil para que su autor no hallara numerosos auxiliares entre los jefes del gobierno. Ese apoyo lo hizo más osado aún, y entonces negó la primacía de la Iglesia romana y su supremacía sobre todas las demás iglesias, así como la superioridad de los obispos sobre los simples sacerdotes, y después de haber trastornado toda la jerarquía eclesiástica, acabó de arruinar la autoridad de los clérigos y de los regulares, pretendiendo que esa autoridad dependía de su santidad, y que no se debía obedecerles desde el momento en que dejaban de encontrarse en estado de gracia.

El arzobispo de Cantorbery, Simón de Sudbury, citó al innovador ante un concilio en Londres (1376), para que diese cuenta de las proposiciones que propagaba.

Wicklef se presentó efectivamente en él, acompañado por el duque de Lancaster, regente del reino y por varios señores. Allí veló sus errores, envolviendo sus frases en restricciones y sutilezas equívocas, y como se le veía sostenido por los más influyentes hombres de Estado, no se pronunció contra él ninguna censura. El concilio se contentó con dictarle la orden de que en adelante se abstuviese de sentar porposiciones análogas. Pero el papa Gregorio XI no tuvo la misma debilidad; condenó diez y nueve proposiciones extraídas de las diversas obras de Wicklef, y envió su censura á los obispos de Inglaterra (22 de mayo de 1377) y al rey Eduardo III, rogándoles que le ayudasen en asunto tan grave para la fe. Los obispos celebraron un nuevo concilio en Lambeth. Wicklef se presentó en él con una escolta armada, y sin dejarse impresionar por la condenación de Gregorio XI, dirigió á Urbano VI las proposiciones censuradas por su predecesor, y se ofreció á defenderlas públicamente como ortodoxas.

El gran cisma que en esos momentos se produjo le permitió propagar impunemente durante algún tiempo sus errores. Pero en 1382, Guillermo de Courtenay, arzobispo de Cantorbery, reunió contra él un tercer concilio en Londres, al cual asistieron ocho obispos y varios doctores. Los congregados condenaron veinte y tres ó veinticuatro de las proposiciones de Wicklef, diez como heréticas y catorce como erróneas ó contrarias á los decretos y práctica de la Iglesia. Las primeras atacaban la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el dogma de la transubstanciación, el sacrificio de la misa, las indulgencias y la necesidad de la confesión sacramental; las segundas, la excomunión, el derecho de predicar la palabra de Dios, los diezmos, los oficios de difuntos, la vida religiosa, el poder y las prerrogativas del soberano Pontífice, y el derecho de la Iglesia á poseer bienes temporales. Extendía á los señores y á los mismos príncipes el falso principio de que no se puede ser legítimo propietario sino en el caso de estar exento de pecado mortal, y de ese modo minaba las bases de la sociedad civil lo mismo que de la religiosa. Créese que Wicklef se retractó de sus errores, sometiéndose á la sentencia del concilio, pues sin

eso, el rey Ricardo II, que se había empeñado en perseguir severamente á todos sus partidarios, no lo hubiera dejado sin duda en posesión de su curato, donde murió dos años después, de un ataque de apoplejía (1384).

El sistema de Wicklef, que se encuentra expuesto principalmente en su *Trialogo*, la más famosa de sus obras, es pura y sencillamente el panteísmo, derivándose en línea directa de los principios que Amaury de Chartres tomara á principios del siglo XIII en los libros de Scot Erígenas y de los filósofos árabes. Wicklef estableció, lo mismo que aquél, que toda la naturaleza es Dios y que todo ser es Dios. Su panteísmo es también un panteísmo idealista, pues dice, como Amaury, que la idea y Dios son lo mismo. Una vez admitido ese punto de partida, todas las proposiciones de Wicklef son consecuencias lógicas de dicho primer principio. Así, no admitiendo la creación, sino suponiendo al contrario que todo lo que existe es eterno, no había razón para reconocer en Dios la libertad; y era necesario, si se quería ser consecuente, sostener que todo lo que ocurre se realiza de manera fatal; según eso, ni Dios hubiera podido impedir el pecado del primer hombre, ni era posible que el Hijo de Dios dejara de encarnar; según eso, además, todo cuanto existe es de necesidad absoluta, nuestra libertad lo mismo que la de Dios es un mito, y perpetua ilusión la creencia en nuestro libre albedrío; según eso, en fin, Dios destina á los buenos como á los malos á todo lo que hacen, aprobando el mal como el bien, pues ambos son igualmente inevitables (1).

Ese fatalismo destruía toda moral, pues por una parte presentaba á Dios como indiferente á las acciones humanas, buenas ó malas, sustrayendo al hombre por otra la responsabilidad de sus actos. Estableciendo que todo es Dios, el panteísmo destruye la individualidad y la personalidad de todos los seres, arrebatando de ese modo al derecho de propiedad su base y fundamento esencial. Por consiguiente, Wicklef hubiera

(1) Todas esas consecuencias son proposiciones que Bossuet ha sacado del *Trialogo* de Wicklef. Véase la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, lib. XI, n.º. 153.

podido sin trabajo enlazar con los principios generales de su teoría sus declamaciones contra los bienes de los eclesiásticos ó de los seglares. Únicamente las gentes instruidas estaban en situación de comprender la parte abstracta de su sistema; el pueblo se limitó á apoderarse de sus posibles aplicaciones prácticas. Así fué que en toda Inglaterra se alzaron, bajo los nombres de *lollards* ó *wicklefistas*, bandas de ladrones que cayeron sobre obispos y monjes, condes y barones, diciendo que todos los hombres nacen iguales, que no debería haber nobles ni siervos, que todos tienen análogo derecho á la propiedad, y que era preciso destruir la desigualdad en las clases acabando con los privilegios de la cuna y de la riqueza. En consecuencia, se pusieron á saquear las moradas señoriales, á demoler sus casas, á incendiar y devastar las iglesias y á decapitar á los jueces y jurisperitos, reprochándoles sus sentencias como verdaderos crímenes; negáronse á pagar los impuestos y pretendieron no deber nada á su soberano. Fué preciso recurrir á la fuerza pública para dominar ese movimiento. Enrique V, que los había favorecido cuando sólo era duque de Lancaster, los exterminó al subir al trono. Pero con el nombre de hussitas reaparecieron en Alemania.

Resumen de este capítulo. — La edad media llegó á su apogeo en el siglo XIII. En el XIV empieza la decadencia, notándose en la Iglesia por la disminución de fuerzas del papado y los errores que surgen.

I. La lucha de los papas con los emperadores termina con las dificultades surgidas entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso. Los sucesores de Bonifacio salen de Roma y van á establecerse en Aviñón. De ese modo pierden su independencia y con su independencia su libertad. Alemania se separa de la Iglesia, y ese cisma, que dura cerca de veinte años, inaugura el camino que Lutero seguirá más tarde. Estalla una conjuración en Roma, y la antigua ciudad de los papas se venga del abandono en que la dejan constituyéndose en república. El cardenal Albornoz restablece en Roma la autoridad pontifical, pero el regreso de los papas á la ciudad eterna se hace necesario. Todo los invita á volver. Gregorio XI lo hace efectivamente; pero cuando él muere, son nombrados dos papas, Urbano VI y Clemente VII; uno reside en Roma y otro en Aviñón, y empieza el gran cisma de Occidente. Francia y sus aliados, que son Castilla, Aragón, Portugal, Saboya, Escocia, Lorena y el reino de Nápoles, toman partido por el papa de Aviñón; Italia y los demás Estados católicos por el papa de Roma. Urbano VI tiene por sucesor á Boni-

facio IX y Clemente VII á Benedicto XIII. Ese deplorable cisma va á perpetuarse cuarenta años.

II. La división se ha introducido, pues, en la Iglesia, notándose además en todas las naciones de Europa. Francia se ve turbada por la Jaquería, los *maillotins*, los *tuchins* y *cabochianos*; Inglaterra, por los partidarios de Wicklef; Flandes, por los Ar-tewelde; España por las Cortes; Roma, por Rienzi. Casi en todas partes se juntan la guerra civil y la extranjera. Las sectas que pululan en esa agitación tienen todas el mismo carácter, todas quieren destruir la Iglesia, y con la Iglesia la familia y la sociedad. Tales son las doctrinas antisociales de los fraticulos, de los flagelantes y de los wicklefistas. Estos últimos excitan turbulencias en Inglaterra; pero sus errores no acaban cuando Enrique V destruye las bandas de esa secta, pues ya veremos que Juan Huss y Jerónimo de Praga los propagan en Alemania.

CAPÍTULO XI.

SEGUNDA PARTE DE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS. CARLOS VI: ACCIÓN DE LA CASA DE BORGONA (1380-1421) (1).

El reinado de Carlos VI señala en la historia de Francia una de esas épocas de transición en que todo parece hallarse en decadencia. Las ideas nuevas no tienen aún bastante poder para animar y sostener la sociedad que se transforma, y en esa transformación, el pasado, que toca á su fin, pierde cada día alguna parte de su fuerza y de su prestigio, de manera que todo eso produce una especie de decaimiento universal. Ese es el fenómeno que puede observarse fácilmente en aquella época tan calamitosa para la monarquía francesa. En lo interior, Francia se halla trabajada por violentas luchas que tienen el carácter prematuro de nuestras revoluciones modernas; practícanse ensayos de reforma; pero fracasan porque los espíritus no se hallan aún bastante preparados para tan grandes cambios. El enemigo exterior aprovecha ese momento de anarquía y explota con tal fortuna esas disensiones, que llega á apoderarse de la mayor parte del territorio francés, logrando que el mismo poder real declare legítimas esas conquistas.

§I. — Menor edad y demencia de Carlos VI (1380-1392).

Menor edad de Carlos VI. — Carlos VI no contaba aún doce años cuando subió al trono. Según un decreto de Carlos V, su padre, debía ser mayor de edad á los catorce; pero ese joven se hallaba en la

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *La Crónica del religioso de San Dionisio*, Juvenal de los Ursinos y los historiadores de Carlos VI. las *Memorias* de Pedro de Femín (1309-1422), las *Crónicas* de Monstrelet á partir de 1400, la *Vida del mariscal Boucicaut*, *Memorias* de Lefebvre de Saint-Remi, llamado Toisón de Oro.